

## CARÁCTER DEL CRISTIANO.

### I.

*Congregatis autem Pharisæis, interrogavit eos Jesus, dicens: quid vobis videtur de Christo?*

Estando juntos los Fariseos, les preguntó Jesús: ¿qué pensais vosotros de Cristo?

(*Matth. xxii, 40.*)

Si la pasión no hubiera cegado á los falsos doctores de la ley, podían fácilmente responder á la pregunta que les hacia el Hijo de Dios, y descubrir en su persona todos los rasgos y señales de aquel Cristo ó Mesías, que tanto tiempo habia esperaban, y que actualmente tenian en su presencia y á su vista. Testigos de tantos milagros como obraba, mandando á las olas del mar, arrojando de los cuerpos á los demonios, sanando los enfermos, y resucitando los muertos, ¿no debian sin dudar reconocerle, y decirle: El Cristo de quien nos hablais sois vos mismo? En cuanto á nosotros, amados oyentes míos, no reconocemos otro; pero respecto de lo demás, por más importante y necesario que pueda sernos el conocimiento de este hombre Dios, es un asunto que los ministros del Evangelio casi no deben en sus sermones intentar el profundizarlo, porque es impenetrable, é infinitamente superior á todos nuestros pensamientos y expresiones. No obstante, hermanos míos, bastante le conocemos para que nos sirva de modelo; y aun hay entre Jesucristo y el cristiano una relacion tal, que es necesario, en alguna manera, confundirlos juntos; de suerte, que no se puede definir bien al uno, sino por el otro; y así, si Jesucristo no está sustancialmente en el cristiano, está en él por la semejanza; y si el cristiano no es en la realidad ni en el fondo de su sér un otro Jesucristo, lo es, á lo ménos, por la conformidad tan perfecta que puede tener con aquel excelente y divino ejemplar. Siguiendo este principio, sin examinar hoy lo que es Cris-

to, examinemos lo que es el cristiano, que debe ser su fiel imitador. Imploremos el socorro del cielo, y recurramos á María, diciéndola: A. M.

1. Queriendo daros la idea de un verdadero cristiano, la saco de su principio y modelo, que es el mismo Jesucristo. Hablo de Jesucristo, segun los dos caracteres particulares que él mismo se ha atribuido, cuando, hablando á los judíos para dárselos á conocer, les decía: *Ego non sum de hoc mundo*. Yo no soy de este mundo; y cuando añadía: *Ego de supernis sum*. JOAN. VIII, 23. Yo he venido del cielo, y permanezco inmutablemente unido á mi Padre Dios. Caracteres divinos, que yo os voy á representar en el cristiano, y que os manifestarán la imágen más completa de él. ¿Qué es, pues, un cristiano? Un hombre separado del mundo por su estado: ésta es la primera cualidad; y un hombre consagrado á Dios por su estado; ésta es la segunda. Una y otra están llenas de gloria y virtud en sí mismas, aunque á los ojos del mundo no tienen brillo ni lucimiento alguno. Por que, ¿qué cosa hay que tenga ménos esplendor en el mundo, que estar separado de él? ¿Y qué cosa hay más interior y más oculta, que estar consagrado á Dios? Pero este misterio oculto es el que me propongo aclararos.

Para haceros comprender desde luego mi pensamiento, y para discurrir, segun los principios de la teología, sobre el asunto que me he propuesto, dos cosas se requieren esencialmente para hacer un cristiano: la gracia de parte de Dios, y una fiel correspondencia á esta vocacion, ó gracia de parte del hombre: una y otra, bien consideradas, no tienen carácter que les sea más propio que el de la separacion del mundo. De lo que infiero, que estar verdaderamente separado del mundo es ser verdaderamente cristiano.

¿Qué es esta gracia, hablo de la primera de todas las gracias, ó sea, la vocacion al cristianismo? Los teólogos y padres se han esforzado en darnos de ella las ideas más excelentes y grandes. Pero, yo no hallo ninguna más exacta ni sólida que la que nos da S. Agustin, cuando dice, que ésta es una gracia de separacion. S. Pablo, para expresar el don de la gracia que habia recibido en su vocacion milagrosa y llena de prodigios, á que se siguió su conversion, no usaba de otra expresion más que de ésta: *Qui me segregabit ex utero, et vocabit per gratiam suam*. GALAT. I, 15: todo lo que soy, dice, lo soy por la misericordia de mi Dios que me ha llamado. ¿Y cómo me ha llamado? Separándome desde el vientre de mi madre; esto es, escogiéndome para vivir separado de la corrupcion del mundo. De aquí

es, que cuando el Espíritu de Dios derramaba sobre los primeros discípulos aquellas gracias visibles y abundantes, que los elevaban á los ministerios más santos, segun se refiere en el libro de los Hechos apostólicos, era siempre mandando que aquellos, que habia escogido á este fin, fueran separados aun del resto mismo de los fieles; como si esta separacion hubiera sido una especie de sacramento, por el cual la gracia de la vocacion divina les debiera ser comunicada.

La vocacion cristiana, pues, es una gracia de separacion; luego, la correspondencia que se le debe, y que hace propiamente la obligacion del cristiano, debe ser una correspondencia de separacion de parte del hombre. En vano me separa Dios del mundo, predestinándome para que sea cristiano, si yo mismo no me separo de él, ejecutando este decreto. Es necesario, que estas dos separaciones concurren juntas, y que la mia ayude y sea conforme con la de Dios, del mismo modo que la de Dios es principio de la mia. Comprended bien esta verdad, pues ésta es, en sustancia, toda la teología necesaria para un cristiano, y sobre la que debe contar. Porque de aquí se infieren algunas consecuencias, que cada uno de nosotros puede y debe aplicarse como otras tantas reglas para conocerse delante de Dios, y para juzgarse á sí mismo: os pido que no dejes de atender á estas consideraciones.

Primera consecuencia: basta precisamente el ser cristiano para estar obligado á vivir con este espíritu de separacion del mundo. ¿Qué quiere decir del mundo? Quiere decir, que es menester separarse de los falsos placeres del mundo, de sus alegrías profanas, de sus proyectos y vanas empresas, de su lujo y ostentacion, de sus entretenimientos, de sus costumbres, ó, por mejor decir, de sus abusos; y, en una palabra, de todo lo que mantiene la corrupcion y la disolucion en él. Es decir, que es menester separarse de todo aquello que comprendia el discípulo amado de Jesús, cuando nos prohibia el que nos ligásemos al mundo y á todo lo que hay en él: *Nolite diligere mundum, neque ea, quæ in mundo sunt.* I. JOAN. II, 15. Esto es, de todo lo que él mismo tenia cuidado de explicarnos por menor cuando añadia, que todo lo que hay en el mundo es, ó concupiscencia de la carne, ó concupiscencia de los ojos, ó soberbia y orgullo de la vida: *Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vite.* JOAN. II, 16. Quiere decir, que nos hemos de separar de todo aquello que él mismo nos mandaba detestar y huir, cuando concluia, que el mundo no era más que desorden é iniquidad: *Mundus totus in maligno positus est.* I. JOAN. V, 19. Así, es un error, no solo grosero, sino pernicioso, decir: yo vivo y

soy del mundo, y no puedo dispensarme de vivir segun él, ni de conformarme á él. Porque esto es lo que os pierde, y el origen de todos vuestros extravíos y desórdenes. Vosotros, pues, me permitireis el que os diga, que hablar de esta suerte es una especie de blasfemia. Porque el Hijo de Dios os ha declarado expresamente en el Evangelio, que vosotros no sois ya de este mundo, y suponeis, no obstante, que aun sois de él, y lo que es aun más extraño, pretendéis aun serlo en el mismo sentido que él quiso daros á entender que ya no lo erais.

Segunda consecuencia: cuanto más cuidado tiene un hombre en el cristianismo de separarse del mundo, tanto más cristiano es; y cuanto más enlace y liga tiene con el mundo, hablo de la union á que no estais obligados, y del enlace que no pide, ni la necesidad, ni el estado, tanto ménos es cristiano: y la razon es, porque segun la medida de estos dos estados, participa más ó ménos de la gracia de la separacion que hace al cristiano. Cosa es tan averiguada, que cuando la gracia del cristianismo ha parecido que obraba en los hombres con toda su plenitud, los ha llevado y obligado á separaciones, que, segun el consentimiento y aprobacion del mismo mundo, han llegado hasta el heroismo. Así á un Arsenio, que está con reputacion y crédito en la corte de los emperadores, lo arranca de ella esta gracia, para trasportarlo al desierto. A una Melania, que vive en la grandeza y abundancia de las delicias de Roma, esta gracia la desprende de ellas para hacerla buscar otras delicias en el retiro de Belen. Nunca ha habido tantos ilustres solitarios, esto es, tantas personas ilustres, que se han separado del mundo, como en aquellos primeros siglos de la Iglesia, porque nunca ha habido tan perfectos cristianos como entónces. ¿Y por que pensais vosotros, que los monasterios han sido mirados en todos tiempos como asilos de santidad, sino porque hay en ellos una entera separacion del mundo?

Pero yo aun paso más adelante. Tercera consecuencia: es imposible á una alma cristiana convertirse y volver verdaderamente á Dios, á ménos que no esté resuelta á hacer un cierto divorcio y separacion con el mundo, que aun todavía no ha hecho; y hay una gran contradiccion en querer ser del mundo, y en estar ligado á él tanto como antes, y, no obstante, pretender ir por el camino de una penitencia verdadera, que produzca y sea causa de la salvacion. Porque, ¿dónde está el medio, amados oyentes míos, de poder conciliar estas dos cosas? Vosotros mismos confesais, que es el mundo quien os ha hecho perder el espíritu de vuestra religion y el espíritu de Dios; luego, es necesario, que para volver á encontrar este espíritu, os sepa-

reis del mundo, y que en lugar de persistir en figuraros inutilmente, que este espíritu está en donde no se halla, lo vayais á buscar en donde está. Es, pues, evidente, que el espíritu de Dios no está en esta especie de mundo de que hablamos, porque bien léjos de que ahí esté para vosotros, es allí donde lo habeis perdido. Aquí es donde no puedo excusarme de que la compasion más tierna me conmueva, viendo á ciertas almas, de las que puede decirse que está el mundo lleno, las que, por no resolverse de una vez á esta separacion del mundo, están deliberando eternamente sobre su conversion, y nunca llegan á convertirse. Dios las estrecha y las llama, la gracia obra en ellas, ellas tienen mil deseos fervorosos de su salvacion, y vosotros aun direis que están enteramente mudadas, y que el encanto se ha quitado; pero cuando es necesario venir al punto de romper con el mundo y separarse de él: ¡ah! cristianos, esta es una resolucion que les parece más dolorosa que la muerte, y que las aleja y aparta siempre. Ved por qué son ellas tan ingeniosas en hallar razones y pretextos para hacer valer y dar fuerza á los enlaces que las detienen en el mundo; ved por qué son tan elocuentes en las apologías que hacen del mundo. Pero, y qué, dicen, ¿no se puede ser del mundo y salvarse? ¿No es Dios el autor de estos estados que se reprueban bajo el nombre de mundo? ¿No hay una perfeccion para las gentes del mundo como para los religiosos? Más, cuando se les responde, que no se trata del mundo en general, que solo se habla de un cierto mundo particular, que no es obra de Dios; de un mundo que los pervierte y que los pervertirá siempre, porque es un mundo en el cual reina el pecado, en el que el libertinaje pasa por agradable y honesto, en el que la murmuracion es el asunto de todas las conversaciones, en el que todas las pasiones se hallan como en su centro y en su elemento: cuando se les habla de este modo, es este, repito, el obstáculo que la gracia halla que superar y que vencer en las almas mundanas, el que casi jamás supera, porque separarlas de un mundo semejante, es separarlas de sí mismas, cosa que jamás quieren seriamente ó de veras, aunque siempre lo quieran imperfectamente y no como debe ser.

2. Tal vez me preguntareis, cuál debe ser esta separacion del mundo: este es el gran punto que me queda que explicaros en orden á la práctica que debeis observar. Hay unas separaciones del mundo que son falsas, y otras que son verdaderas. Supongo, que la que nosotros abrazaremos será como debe ser, sincera, desinteresada, y que Dios será solo el motivo de hacerla. Pero, esto supuesto, digo, que hay dos géneros de separaciones del mundo, la una corporal y exte-

rior, y la otra de corazon y de espíritu. Para vivir como verdadero cristiano, son necesarias estas dos separaciones, porque la separacion exterior del mundo, no es más que una fantasma, si no está sostenida y animada por la del espíritu; y la del espíritu no se puede sostener, ni puede subsistir, si no está fortalecida y sostenida por la exterior. Esta es la máxima de todos los Padres.

Separémonos, pues, del mundo, antes que él se separe de nosotros; porque una de dos: ó es necesario que nosotros mismos nos separemos de él, por eleccion y por virtud; ó que quedemos separados por fuerza y necesidad. ¿Y no vale más, que esta separacion se obre y haga en nosotros por el influjo ó impulso de la gracia, que no esperar á que se haga, á pesar nuestro, por la violencia de la muerte? Separémonos del mundo, interin que podemos delante de Dios dar un testimonio de que nos separamos por él. Porque ¿qué honor damos á Dios cuando nos convertimos y volvemos á él, porque ya no estamos en estado de gustar del mundo, ó por mejor decir, porque el mundo empieza ya á no gustar de nosotros? ¿En qué obligacion puede estar Dios para con nosotros, si se me permite hablar así, cuando solo le damos y sacrificamos los desperdicios y sobras del mundo? No temais la separacion del mundo, como un estado triste y espantoso. Aun cuando fuese así, siéndoos por otra parte tan saludable y necesaria, como es, deberiais amarla. Pero me atrevo á decir, que si en esto sois fieles á Dios, hará Dios que encontreis dulzuras y consuelos, que deben ser preferidos á todas las alegrías y placeres de los sentidos.

Sea como fuere, hermanos míos, el primer carácter del hombre cristiano, es estar separado del mundo, pero no se debe quedar en esto solo, y el segundo es consagrarse á Dios, como voy á manifestaros.

3. Es propio de la santidad de Dios ser servido por santos, del mismo modo que es propio de la grandeza de los reyes ser servidos por grandes. Todos estamos sometidos á Dios; pero no todos le estamos consagrados. Esta consagracion es el efecto de una gracia propia del cristianismo. Para examinar con atencion esta verdad, os pido que comprendais tres cosas dignas de toda vuestra reflexion, y capaces de llenar vuestros corazones de los más nobles sentimientos de la fe. Primeramente, la excelencia de lo que yo llamo consagracion del cristiano. En segundo lugar, la obligacion indispensable de santidad, que esta consagracion impone al hombre cristiano. Y, en fin, el borron ó mancha particular, que, por una necesidad desgraciada y como consecuencia de esta consagracion, se derrama y comunica á to-

dos los pecados del cristiano. Si yo os hago comprender bien estos tres artículos, nada hay, amados oyentes míos, que no deba esperar de vosotros.

¿Cuál es el efecto de la gracia del bautismo, en virtud del cual somos cristianos? Este es una consagración solemne, que se hace de nuestras personas; pero una consagración, en la cual parece que Dios ha tenido gusto de juntar todas las riquezas de su gracia, para hacérsela más preciosa. Porque el bautismo nos consagra de no sé cuantos modos diferentes, que deben todos inspirarnos un cierto respeto á nosotros mismos. Nos consagra como reyes, como sacerdotes, como templos de Dios, como hijos suyos, y como miembros de Dios.

Nos consagra como reyes y como sacerdotes: así lo declara el apóstol S. Pedro, cuando hablando á los cristianos, en su primera epístola canónica, les dá á un tiempo mismo estas dos cualidades, llamándolos sacerdocio real: *Regale sacerdotium*. I. PET. II, 9. En efecto, como cristianos, que somos, no estamos destinados á nada ménos que á reinar. Y no es una exageración y figura decir, que en el bautismo quedamos consagrados para poseer un reino, que es el del cielo; que allí recibimos la investidura de una corona, que es la del cielo; y que al mismo tiempo, que se nos confiere la gracia de este sacramento, adquirimos y tenemos un derecho legítimo para pretender uno de los tronos, que el Hijo de Dios nos ha preparado en el cielo. Como cristianos, somos también consagrados sacerdotes de Dios vivo: y la razón es, porque la gracia del bautismo, no solo dá poder al cristiano, sino que le impone la obligación de ofrecer á Dios sacrificios continuos: el sacrificio de su espíritu por la fe, el de su cuerpo por la penitencia, el de sus bienes por la limosna, el de su venganza por la caridad, y el de su ambición por la humildad.

Además, en virtud del carácter de cristianos, estais consagrados á Dios como templos suyos. Nada es más comun en la doctrina de San Pablo. No, hermanos míos, decía aquel grande apóstol, no habita nuestro Dios en los templos fabricados por los hombres, sino en aquellos que él mismo ha construido: esto es, en nosotros mismos; porque vosotros mismos sois los templos de Dios todopoderoso. Observad, amados oyentes míos, que esta cualidad, que poseemos, de ser templos de Dios, hablando en rigor, está vinculada únicamente á la gracia del bautismo; y cualquiera otra gracia, distinta de ésta, aunque sea tan eminente como la de los ángeles, no nos comunica esta cualidad; porque, hablando rigurosamente, no somos propiamente templos de Dios, sino en cuanto somos capaces de recibir al Hijo de Dios,

por la participación de su adorable cuerpo, cuando este Dios de bondad y majestad viene á habitar en nosotros, y hace de nuestros corazones otros tantos santuarios y tabernáculos en que reside. Y ¿cómo somos nosotros capaces de recibir de este modo á este hombre Dios? Por el bautismo. Luego el bautismo es el que hace en nosotros como la primera consagración de templo de Dios; ó, por mejor decir, por el bautismo es, y por el carácter de cristianos que nos confiere, por lo que venimos á ser templos de Dios.

Pero ¿qué son todas estas cualidades comparadas con los títulos gloriosos de hijos y miembros de Dios, porque éstos son los términos mismos y expresiones de la Escritura? De nosotros es de quienes ha dicho S. Juan, que todos aquellos que se han unido á Jesucristo en el bautismo y por el bautismo, y que todos aquellos que han creído en él y en su nombre, han adquirido, desde entonces, un derecho indisputable para ser llamados hijos de Dios, como que, en efecto, han llegado á serlo: *Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri, his qui credunt in nomine ejus*. JOAN. I, 12. A los cristianos es á quienes decía S. Pablo: Vosotros sois el cuerpo de Jesucristo, y vosotros sois sus miembros: *Vos estis corpus Christi, et membra de membro*. I. COR. XII, 27. Querer ahora ponderar aquí la excelencia de todos estos dones, que descienden del Padre celestial, y se comunican á un alma cristiana, sería, amados oyentes míos, un asunto dilatado, para el que no bastarian discursos enteros. Pasemos, pues, á la obligación de la santidad, que nos imponen cualidades tan santas.

4. Reflexionad; ¿qué caridad tan fervorosa no debe producir en nuestros corazones la caridad de un Dios para con nosotros? Reflexionad; ¿con qué celo nos obliga á que le correspondamos, y con qué integridad de costumbres debemos sostener y mantener este grado de gloria á que la gracia nos hace subir? ¿Es acaso pedirnos demasiado, obligarnos á que seamos perfectos, para llenar, no la extensión, sino en algun modo, la inmensidad de esta obligación? En fin, todo lo que la ley cristiana nos manda, por más heroico que sea, ¿es acaso muy elevado para los que son hijos de Dios y templos del Espíritu Santo?

Si esta dignidad no os mueve á ser santos, temblad, porque vuestros pecados contraen una malicia particular, que es la misma del sacrilegio, y que los hace mas abominables delante de Dios. En efecto, ¿qué es el sacrilegio? Los teólogos dicen, que es el abuso y profanación de una cosa consagrada á Dios. Pues todo lo que hay en mí está consagrado á Dios por el bautismo; y todos los pecados que cometo, son otros tantos culpables abusos que hago de mí mismo. Por

consecuencia, todas mis culpas incluyen en sí una especie de sacrilegio de que soy culpable. Y ¿de qué naturaleza es este sacrilegio? No es solo de aquellos que se cometen en la profanacion de una cosa consagrada á Dios, sino de aquellos en que se profana una cosa unida á Dios, é incorporada con Dios, cual es un cristiano, á consecuencia del bautismo, y segun los principios de nuestra fe.

Cuando Dios, en los primeros siglos del mundo, vió la corrupcion general en que todos los hombres habian caido... se arrepintió, segun el lenguaje de la Escritura, de haber criado al hombre: *Penitet me fecisse eos*. GENES. VI, 7. La vista de tantos desórdenes como descubria, le hizo mirar con horror su propia obra, y le movió á destruirla. Y aquellos primeros hombres, ¿eran acaso más viciosos que nosotros, y en sus vicios tan culpables? ¿Tenian acaso costumbres más perversas? ¿Tenian con Jesucristo el mismo vínculo que nosotros? En una palabra, ¿eran cristianos como nosotros? Nuestro pecado, pues, nos hace mucho más dignos de condenacion en el tribunal de Dios, y más deudores á su justicia.

¿Qué tenemos, pues, que temer? Quiera el cielo apartar de nosotros el efecto de una amenaza tan terrible, y quiera él mismo que podamos prevenirla. Dios mio, arrepentidos de nuestros pecados, recurrimos á vuestra infinita misericordia. Aunque somos tan culpables, siempre somos hijos vuestros y miembros de vuestro adorable Hijo, supuesto que siempre somos cristianos. Si no tenemos más que una claridad corta, que guie nuestros pasos, ésta puede aumentarse y crecer con la asistencia de vuestra divina gracia. Dispensádnosla por vuestra infinita bondad, para que vivamos, en adelante, como verdaderos cristianos, y merezcamos un dia la felicidad eterna.

## CARÁCTER DEL CRISTIANO.

### II.

*Viri ninivita surgent in judicio cum generatione ista, et condemnabunt eam.*

Los ninivitas se levantarán en el juicio con esta generacion, y la condenarán.

(*Matth. xii, 41.*)

Siempre que pongo la vista en todo el tiempo que ha corrido, desde los primeros y felices siglos de la Iglesia hasta la presente edad, siento y experimento en mi alma dos tan contrarios afectos, como son los de tristeza y gozo. Perseguida en los principios de la Fe, y desterrada de todas partes, pareceme que la veo, ya fugitiva, correr por las selvas y perderse en los bosques; ya devota, esconderse debajo de tierra y sepultarse en las catacumbas; ya cargada de cadenas, padecer dentro de las cárceles; ya atormentada, gemir en los patibulos; y ya tambien morir, hecha pedazos por las fieras en los anfiteatros. Pero, al contrario, si la miro cual subsiste en nuestros dias, la veo felizmente extendida de un polo á otro polo, la veo hospedada en suntuosas basílicas, y en soberbios y magníficos templos de mármol; la veo navegar triunfante por el mar, comandar victoriosa los ejércitos, ocupar como soberana los tronos, y, coronada, recibir tributos y homenajes hasta de los monarcas. ¡Qué bello motivo para tan grande y justa alegría! Más, por otra parte, cuando reflexiono, que habiéndose aumentado el número de los fieles, no se ha aumentado en ellos la fe, ó cuando, por mejor decir, considero, que se ha entibiado y disminuido mucho el primer fervor y la antigua sencillez, y que se ha oscurecido aquel gracioso candor que la hacia, en los primeros tiempos, aunque desfigurada con tantas heridas y cicatrices, tan hermosa y tan bella; ¿qué motivo no se me ofrece asimismo tan justo para un acerbo é inconsolable dolor? Oh amados oyentes! no son ya los cristianos lo que eran en otro tiempo. Se han

convertido en ménos buenos, y bien merecemos que, para confundirnos, se levanten algun dia contra nosotros los mismos idólatras, segun las palabras de Jesucristo: *los ninivitas se levantarán en el juicio con esta generacion, y la condenarán.* Más, si se ha de hablar con exactitud, ¿puede decirse, que se ha aumentado verdaderamente el número de los fieles? ¡Ah! al prepararme para desenvolveros y explicaros el verdadero carácter de un cristiano, temo mucho tener que deducir con demasiada razon la amarga verdad, de que son pocos, pocos los cristianos, aun en el mismo cristianismo: verdad, que solo quiero me creais, oyentes míos, en el caso, que á fuerza de poderosos y sólidos argumentos pueda hacerla palpable y manifiesta. Implémos antes los ausilios de la gracia. A. M.

1. No hay ciertamente ninguno, entre los que se distinguen con el nombre de cristianos, que preguntado, por quien quiera que sea, con aquellas tan famosas palabras: ¿eres cristiano? no responda inmediatamente, sí, por la gracia de Dios; enseñado á responder de esta manera desde sus más tiernos años. Pero si yo le preguntase además, ¿qué quiere decir cristiano? ¿sabria, y sabriais cada uno de vosotros, como debeis satisfacer enteramente á tal pregunta? No es tan difícil aun para quien tenga los mas cortos talentos, el adivinar y saber, que así como este nombre se ha derivado de Jesucristo, así, con su significacion, denota una persona que ha abrazado y profesa seguir la doctrina y el ejemplo de Jesucristo. Los cristianos tomaron su nombre de Cristo, y lo apreciable es, que así como son herederos de su nombre, lo sean de su santidad. Y hé aquí justamente lo que yo os preguntaba, oyentes míos, puesto que para persuadir la verdad de mi asunto, basta comprender bien la fuerza de las palabras. ¿Son muchos, por ventura, en el cristianismo, los discípulos é imitadores de Jesucristo? ¿muchos los pobres de espíritu? ¿muchos los humildes y mansos de corazón? ¿muchos, hablando de los seculares y de la gente del siglo, los que refrenan sus deseos y sus apetitos? ¿muchos los que se mortifican á sí mismos y mortifican sus pasiones? ¿muchos los amantes de los oprobios, penas y tormentos de la cruz? *De sus enemigos sí que encuentro muchos,* escribia el Apóstol á los Filipenses; *lo cual os decia muchas veces, y siempre os lo digo llorando: Multi..... quos sæpe dicebam vovis, (nunc autem et flens dico) inimicos crucis Christi.* PHILIP. III, 18; pero de los amantes, añadido yo, se encuentran pocos, poquísimos.

Y no me digais, que hay muchos en el cristianismo, que profesan su santísima doctrina, sin embargo de que están distantes de practi-

carla; pues aunque acaso os confesaré, que son muchos los que saben la doctrina de Jesucristo, y aun la tienen por certísima é indubitada, os negaré, al mismo tiempo, que sean muchos los que la profesan. ¿Qué, es por ventura la escuela de Cristo, como la de Zenon ó Pitágoras, que, para profesarla, no es necesario más que entender sus máximas, establecer como innegables sus principios, defender como certísima sus opiniones; es decir, que, para profesarla, basta limitarse, en conclusion, á juegos de ingenio, á bellas sutilezas, y á metafísicas especulaciones? Nó: es una escuela que exige, sin duda alguna, un entendimiento dócil para creer; más tambien exige una voluntad pronta para obrar; una escuela que pide una firme y humilde creencia; más igualmente pide unas irreprehensibles costumbres; una escuela, cuya particular mira es la de formar discípulos puros, desinteresados, religiosos, devotos, inflexibles, y rígidos conservadores de la justicia, de la rectitud, de la equidad; y tales, en una palabra, que se les pueda aplicar la definicion del Apóstol, quien con energía y verdad llamó al cristiano: *un hombre que practica buenas obras. Sectatorem bonorum operum.* TIT. II, 14. Por esto la ley que en ella se promulga, se llama ley santa; por esto se llama ley pura é inmaculada; ley que convierte las almas; ley de vida y de disciplina.

Pero hé aquí, mis amados oyentes, en que está y en que se padece el engaño: en persuadirse, ó quererse por lo ménos persuadir, á que siendo dos las obligaciones del cristiano, la de creer bien y la de obrar bien, pueden ellas fácilmente separarse, de modo, que quien se somete á la una, aunque olvide la otra, conserve todavía la esencia de cristiano. ¡Qué fatal error, amadísimos fieles, qué fatal error y qué locura tan extremada! No se puede ser, en verdad, medio cristiano; cristiano en la fe, y no cristiano en el obrar; cristiano en la especulativa, y no en la práctica; cristiano de entendimiento y no de voluntad. Dios, dice el Apóstol, es uno é indivisible, y, por lo mismo, uno é indivisible es el bautismo; una é indivisible la verdadera Religion cristiana; uno é indivisible Jesucristo: uno é indivisible, pues, debe ser tambien el carácter del cristiano, y una é indivisible su esencia, la cual, por lo mismo que comprende las dos expresadas obligaciones, y no una sola, como vosotros concedisteis poco há, y no puede negarse, además de la fe, exige la justicia y la santidad de las obras, y la imitacion de los divinísimos ejemplos de Jesucristo; deduciéndose de esto, la infalible y necesaria consecuencia, de que no merece el título de cristiano, ó por mejor decir, de que absolutamente no es cristiano, quien no es enteramente tal.

Bien veo, no obstante, lo que puede oponérseme todavía, y es, que